

**INAUGURACIÓN DE LA PRIMERA REUNIÓN
INTERAMERICANA DE MINISTROS Y ALTAS AUTORIDADES
DE CULTURA** Cartagena, 12 de julio de 2002

Tal vez la gente que más vibra con las culturas de las Américas es la que ha viajado por ellas:

La que algún día decidió pararse al lado de una carretera de Argentina para llegar hasta Canadá, llevando apenas un morral al hombro;

la que algún día decidió tomar el tren en una estación de Nueva York rumbo al Sur, pasó por México y Centro América, cruzó el Canal y se introdujo una mañana cualquiera en el corazón inca del Perú o en las selvas del Brasil;

la que encontró la vida en el mar de las Antillas, la que se enamoró de la multiculturalidad de Trinidad, de la poesía de Santa Lucía, de la música de Jamaica, del misterio profundo de Haití, del abrazo de República Dominicana;

la que una noche decidió abandonarlo todo para viajar por las carreteras que conducen a California y a los barrios empinados de San Francisco donde la diversidad es celebrada;

la que probó la profundidad de los lagos y las montañas de Bolivia y halló en ellos la respuesta para mantenerse vivo;

la que día tras día transita por las calles polifónicas del Distrito Federal o por las avenidas circundadas de cerros de Bogotá;

la que duerme bajo el arrullo del merengue y al otro día de la samba y al otro del reggae y al otro del vallenato;

la que lleva por dentro las Américas, la que vibra con Bob Marley, Sinatra, Jobin, Piazzola y Lecuona, o con los carnavales de Bahía, Oruro, Barranquilla o Mardi Grass;

la que cruza todos los días las fronteras que la solidaridad hace invisibles; la que escucha las tradiciones de las primeras naciones; la que se reencuentra tarde a tarde en los puertos del Pacífico; la que navega por el Mississippi, el Río de la Plata, el Amazonas y el Paraná, y toma del Sol del Caribe la fuerza para seguir soñando.

Todo este río de vida que corre por las Américas tiene que ser para todos. En cada punto del continente tiene que haber la posibilidad de que habite el continente entero. Las músicas que surgen de la profundidad de los pueblos mexicanos debe correr y

confundirse con las músicas que hacen felices a los jóvenes de Buenos Aires; las nuevas cinematografías que alienta la historia del Perú tienen que poder verse en las salas de cine de Quito, Caracas y Santo Domingo; las literaturas nacionales tienen que traspasar las fronteras con más frecuencia; las series de radio y televisión que cuentan nuestras historias deben visitar más nuestras casas; la Internet tiene que ser posible para una inmensa mayoría de personas.

En nuestras culturas reside la savia de este proyecto que llamamos América. Pero es necesario que los materiales que ellas contienen cuenten con condiciones que les garanticen la oportunidad de crecer y fortalecerse.

Durante los cuatro años de mi Gobierno, las políticas culturales colombianas fueron convocadas a definirse estratégicamente. Uno de nuestros primeros pasos fue definir un campo de política dirigido a promover el diálogo, el intercambio y la cooperación mutua entre las culturas como base para la emergencia de un proyecto de nación que fuera capaz de abrazar la diversidad y darle coherencia.

Este campo de política recibió el nombre de “Diálogos de Nación” y dio lugar a nuevos programas y proyectos y a la

readecuación de otros ya existentes. “Diálogos de Nación” enfatizó la necesidad de dar un paso más allá del reconocimiento de las diversidades, que ya había sido pronunciado por la Constitución Política de 1991; invitó a que construyéramos puentes entre las culturas y convocó a cada cultura a estar abierta a las otras y a sumar su riqueza alrededor del proyecto colectivo de nación. Así mismo, propuso pensar la nación, no como una realidad acabada, concluida, sellada, sino como una creación colectiva.

Durante la implementación de esta política nos dimos cuenta de que el concepto de nación remueve profundamente el interés los colombianos. En 1999, por ejemplo, realizamos tres seminarios para pensar la nación, desde el fútbol, desde el rock y desde el melodrama. Tuvimos en el auditorio del Museo Nacional de Colombia al Alcalde de Bogotá, al Contralor General de la República, al grupo de rock Los Aterciopelados, al director técnico de la Selección Colombia de Fútbol, a los Vicepresidentes Creativos de las telenovelas más exitosas del país, al libretista de “Betty La Fea” y críticos de arte, música, fútbol y televisión, y, como público, a hinchas de los equipos nacionales, a entrenadores de fútbol, a muchachos de grupos de rock de Bogotá, a actores de televisión, a estudiantes de antropología, ciencias políticas, periodistas, músicos y hasta

amas de casa que se sentían convocados por la radio cuando anunciaban que en el Museo Nacional de Colombia se hablaría de rock e identidad nacional, de melodrama e identidad, de fútbol y nación.

A finales del primer semestre de 2000, el Ministerio de Cultura invitó a todos los municipios, distritos y departamentos del país a pensar la cultura y a proyectar, desde sus particularidades propias, un plan que señalara rutas para construir una nación basada en el acuerdo entre las diversidades.

En noviembre de ese mismo año, luego de 572 foros municipales, 32 foros departamentales y cuatro foros distritales, tuve el alto honor de inaugurar el Foro Nacional de Cultura, al que asistieron 1.500 personas provenientes de todo el país para sentar durante tres días las bases de un Plan que señalara el norte cultural de Colombia en la primera década del siglo XXI.

Durante un año, el Ministerio de Cultura y el Consejo Nacional de Cultura trabajaron en la interpretación de la consulta ciudadana y en el diseño de las políticas, las estrategias y las rutas que hoy definen el Plan Nacional de Cultura “Hacia una ciudadanía democrática cultural”, el cual entregamos al país aquí, en esta

querida Cartagena, -histórica y cultural como ninguna-, en diciembre del año pasado.

Simultáneamente a la formulación de este documento, el Ministerio de Cultura y el Departamento Nacional de Planeación, trabajaron conjuntamente en el diseño de los lineamientos para la sostenibilidad económica del Plan y para comprometer al conjunto del Estado con el mandato ciudadano expresado en el mismo. Gracias a esto, el Plan de Cultura hoy no son sólo palabras, sino que tiene toda una estructuración de viabilidad financiera aprobada a través de un documento del Consejo de Política Económica y Social -Conpes-.

Es bueno poder decir que, tanto el Plan como los lineamientos para su sostenibilidad, fueron acogidos con beneplácito por el Gobierno entrante y servirán de base para la formulación del Plan Nacional de Desarrollo que habrá de orientar las políticas económicas y sociales que guiarán al país en el próximo cuatrienio.

Uno de los aspectos más relevantes del Plan es la importancia de dar coherencia, desde la cultura, a las políticas sociales. En tal medida, hemos señalado la necesidad de diseñar una agenda intersectorial que, en primer lugar, tenga como eje central la

cultura y, en segundo término, defina el rol específico que debe jugar el sector cultural en el proyecto social del país.

Esta agenda ha determinado la necesidad de forjar alianzas entre el sector cultura y los sectores educativos, de comunicación y medio ambiente, así como de comprometer la cultura con temas sustantivos para el país como la eliminación de la pobreza.

De otra parte, en estos años nos hemos preocupado de manera especial por investigar las relaciones entre economía y cultura. Gracias al Convenio Andrés Bello, el Ministerio de Cultura desarrolló la primera fase de la investigación sobre la contribución de las industrias culturales al desempeño económico del país.

Tal vez lo más importante de esta investigación no estuvo en el hecho de que nos proporcionara la cifra sobre el aporte de dichas industrias al producto interno bruto, que fue de 0.9% en 1999, sino las políticas que se definieron para fortalecer dicha participación, en consonancia con las políticas sociales del Estado. Las mismas fueron acogidas plenamente por el Consejo Nacional de Política Económica y Social y están expresadas en

el documento “Lineamientos para la sostenibilidad del Plan Nacional de Cultura 2001-2010”, al cual me referí anteriormente.

Creo que lo que más da prueba de la pertinencia de un sector es que tenga agenda, y eso es, precisamente, lo que hemos dejado al sector cultural en Colombia: una agenda concreta, viable, consensuada, para su mayor y mejor desarrollo en los próximos años.

Apreciados amigos:

La Primera Reunión Interamericana de Ministros y Altas Autoridades de Cultura que tenemos el honor de acoger en Cartagena de Indias tiene que contribuir al diseño de una agenda interamericana de cultura que tenga en cuenta las necesidades y aspiraciones más profundas de todas las culturas de las Américas.

Uno de los retos más importantes que debemos enfrentar en la región es mejorar la calidad de las prácticas de la lectura y la escritura como elementos básicos del desarrollo de nuestros países. Desde 1971 la región cuenta con un Centro Regional para el Fomento del Libro en América Latina y el Caribe - CERLALC-, organismo intergubernamental creado con sede en

Colombia durante la Presidencia de mi padre, Misael Pastrana Borrero, mediante un acuerdo del Gobierno Nacional con la UNESCO al que han adherido en total 20 países.

En febrero de 2002 el CERLALC, cuya sede ha sido siempre Colombia, reunió en Cartagena de Indias a 25 expertos de diferentes países que formularon recomendaciones para actualizar o formular políticas nacionales del libro y la edición, cuyas conclusiones están a disposición de todas las naciones interesadas en fortalecer sus industriales editoriales. Por otra parte, durante el año 2002 el CERLALC ha venido realizando un diagnóstico sobre las políticas y planes nacionales de lectura de sus países miembros, a partir del cual se realizará en el 2003 el segundo encuentro de expertos, quienes formularán recomendaciones para actualizar o formular las políticas de lectura en la región.

¡Queremos y necesitamos más libros, más autores y más lectores! ¡Queremos más obras de arte, más música, más danza, más apropiación e intercambio de nuestros valores culturales!

Sin duda, para todos nuestros países, la convocatoria que hoy nos reúne en el ámbito del CIDI está llamada a situar la cultura en un lugar preponderante de los programas de desarrollo de la

OEA y a incrementar los recursos de cooperación en favor de la preservación y la promoción de la diversidad cultural.

Debo hacer un singular reconocimiento a los países miembros del Convenio Andrés Bello, por haber contribuido de manera especial a la realización de este encuentro y por proyectar sus esfuerzos en beneficio de la integración cultural regional hacia todas las Américas.

Gracias también a usted, señor Secretario General de la OEA, César Gaviria Trujillo, y gracias a todos ustedes, participantes en esta Primera Reunión Interamericana de Cultura, por haber confiado su sede a nuestro país y por estar hoy aquí, en Cartagena de Indias, convocando el poder de la cultura para la construcción de un futuro más incluyente, más equitativo y más justo para todos los habitantes de las Américas.

No puedo concluir estas palabras llenas de esperanza por la unión de los esfuerzos culturales de todos quienes tenemos el orgullo de llamarnos americanos con frases prosaicas. Es mucho mejor hacerlo con los versos iluminados de un hijo de América que amó su continente más que a sí mismo y que es, para mí, el más grande poeta del hemisferio: el inmenso Pablo Neruda.

*“América, no invoco tu nombre en vano.
Cuando sujeto al corazón la espada,
cuando aguanto en el alma la gotera,
cuando por las ventanas
un nuevo día tuyo me penetra,
soy y estoy en la luz que me produce,
vivo en la sombra que me determina,
¡duermo y despierto en tu esencial aurora!”.*

Muchas gracias